la misma claridad con que nos descubre en la *felicidad* el fin de nuestras acciones. Ella clama imperiosamente: ¡ó hombres, vivid felices! Y en el mismo tono nos grita ¡ó hombres, no podeis vivir felices sino en la sociedad civil!

CAPITULO XI.

CONGETURAS SOBRE EL ORIGEN DE LA SOCIEDAD CIVIL.

No será fuera de propósito ni inútil el investigar cuál fuese el primer origen de la sociedad civil; y no teniendo monumentos de cosa tan remota hasta los libros de Moises, que son objeto de *fe*, la razon abandonada à sí misma no puede hacer otra cosa sino conjeturas mas ó menos verosímiles. Digo que no tenemos monumentos, pues en cuanto à las noticias de varias antiguas naciones que han llegado á nosotros, por las cuales à mas del principio del mundo se describe el principio igualmente del género humano, en aquellos pocos documentos que de ellas nos han quedado, se ve tan claramente la invencion y genio de la *fabula*, que en nada pueden ayudar mas que para instruirnos de lo toscamente que en aquellos remotísimos tiempos pensaban los hombres.

No se puede ciertamente comprender cómo algunos que tomaron el nombre de *indígenos* pudiesen seriamente persuadirse que traian su origen de aquel terreno que habitaban, viendo muy bien que los habitadores de otras regiones eran semejantes a ellos, y que el hombre en cualesquiera lugar que se transporte, engendra otro hombre.

La mayor parte de las naciones se gloriaban de una ascendencia *divina*, pero suponian siempre una hembra de nuestra especie, con la cual se habia juntado algun *numen*; y con esto venian à formarse en lugar de una dos dificultades, esto, es, de dónde tenia su primer origen aquella hembra, y cómo de la union de un Dios con una muger naciese la especie de hombres, si no es que hubiesen creido que los números

fuesen hombres ó semejantes à los hombres, en cuya suposicion deberia averiguarse de dònde habia venido la estirpe de los nùmenes. Pero no perdamos el tiempo en cuentos ni patrañas pueriles, ni confundamos la averiguacion del origen de los hombres con la de la sociedad civil, que es la que aqui intentamos hacer.

Muchos filosofos, siguiendo la sola luz de la razon, se han persuadido de que no hay motivo para dudar que los hombres antes de que se uniesen à vivir en sociedad civil, vivieron algun tiempo en el estado de pura naturaleza, preocupados con un argumento, que tiene una bella apariencia. Antes, dicen estos filosofos, es lo *simple* y despues lo *compuesto*, de suerte que siendo simplísimo el estado de pura naturaleza, y compuestísima la economia de la sociedad civil, les parece evidente que de aquel pasasen à esta en virtud de este principio, y teniéndolo por incontestable, no han pensado mas que en discurrir los medios mas probables por donde salir debieran del estado de pura naturaleza; los cuales ya los hemos indicado en el capítulo antecedente que son el temor de las fieras, el temor y el amor mutuo de los hombres, el principio de perfectibilidad, y otras cosas, las cuales ministran alguna suficiente razon del modo con que pudo comenzarse el edificio social.

En mi concepto este argumento envuelve una falacia. No se ha de buscar si antes sea lo simple y despues lo compuesto; sino si sea fàcil á la mente humana dado el simple formarse idea cual deba ser el compuesto, para pasar del primer estado al segundo. Cuando el entendimiento, movido por nociones simples, va siempre para adelante componiendo, se llama *síntesis*: la otra operacion, con la cual escoge llevando siempre en su seguimiento las nociones simples, se llama *análisis* Supuesta esta distincion, es necesario confesar que la *síntesis*, esto es, la composicion, es una empresa dificilísima, reservada á pocos genios sublimes que Dios levanta de cuando en cuando para beneficio de toda la humanidad: à estos llamamos

los verdaderos inventores, esto es, aquellos que descubren cosas nuevas, cosas jamás conocidas antes. Las verdades geometricas fueron encontradas à priori, esto es, sintéticamente. ¿Y acaso fue de uno solo la gloria de este descubrimiento? El gran Pitágoras por haber descubierto la cuarenta y siete del libro primero de Euclides, se creyó deūdor por los Dioses de una *ecatumba*. Y si es verdad aquello que la fama pregona de Pascal, debe seguramente colocarse entre los ingenios mas raros, porque el subir analiticamente desde la ùltima proposicion de Euclides hasta la definicion del punto, puede hacerse por algunos; pero el partir desde la definicion del punto, y el continuar por sì solo el hilo de los descubrimientos hasta la proposicion treinta y dos del libro primero, es felicidad de uno solo.

En la geometria, por otra parte, entre verdad y verdad hay una conexion tan íntima que la precedente puede decirse grávida de la siguiente; de modo que el entendimiento nunca camina sin grande apoyo. La misma ventaja tienen todas las ciencias, aunque sea mucho mas dificil en estas que en aquella descubrir los anillos que ligan una verdad con la otra, porque los objetos de estas son *reales*, cuando los de la geometria son *ideales:* mas las investigaciones que giran sobre otras cosas son tales, que es dificilisimo, si no imposible, el adivinar de un dato solo todo lo restante. Pòngase un relox en la mano de uno que tenga ingenio, él lo observa, lo reconoce y và sin mucho trabajo encontrando el uso respectivo de cada pieza; este es el *analisis*. Hagamos una muestra del *sintésesis* à uno que no haya visto jamás aquella máquina ni jamàs oido hablar de ella, presentadle la muelle, que està en un estremo ó el balancin que està en el otro, y proponedle que componga igualmente varias piezas constituyentes un órden, que se muevan por sí mismas, y que indiquen con presicion las horas y los minutos del dia, ¿quién podrá de este modo y con sola esta simple nocion encontrar ni comprender el relox?

Pues ved puntualmente lo que sucede en el supuesto estado de la naturaleza. ¿Hubieran acaso en él los hombres podido descubrir por *anticipacion* y arquitectado la maquina de la sociedad civil? Esta maquina es muy complicada, exige vastas y profundas meditaciones: en aquel estado los hombres serian groseros, no pensarian mas que en aquellas pocas cosas necesarias para la subsistencia; ¿y queremos creer que en él habria unos consumados políticos que se congregarian en unas nobles juntas, y que en ellas harian doctas y elocuentes arengas sobre la organizacion que debia darse à la sociedad civil, y sobre las màximas con que se debia establecer, y las leyes que deberian publicarse? No es este mas que un fuego, una ficcion de imaginacion; es querer equivocar al filósofo con el salvage, y querer substituir el hombre maduro con el inesperto chiquillo.

Y de aqui ¿què deberemos deducir? Se debe ciertamente el hombre convencer de que siguiendo la pura luz de la razon, es muy verosímil que jamàs haya existido el estado de pura naturaleza, puesto que los hombres dificilmente en èl hubieran podido como hemos visto idear el sistema de la sociedad civil para pasar á èl.

Aparèrese aqui una grande dificultad por la parte del lenguage, la cual p rece que favorece la preexistencia del estado de pura naturaleza al de la sociedad civil. Parece desde luego que la formacion de la sociedad debe suponer ya formado y reducido á alguna perfeccion el lenguage, sin el cual los hombres no hubieran podido comunicarse mutuamente sus ideas para constituir el designio de la misma sociedad; de donde se sigue, que los hombres precisamente debieron existir antes en estado de pura naturaleza, à lo menos hasta tanto que fuese formado el lenguage.

Yo confieso ingenuamente mi ignorancia, y que à este argumento no se puede responder directamente; pero los contrarios tambien deberán contestarme á la siguiente retorcion. Si parece que debe presuponerse formado el lenguage antes de la sociedad civil, yo quiero suponer à esta establecida y formada antes que aquel, y de consiguiente inferir que habiendo nacido

en ella, aprendieron despues el lenguage: esta consecuencia será recta desmostrando las premisas. Veámoslo.

El lenguage, bien considerado, es un esfuerzo del espíritu humano, tiene una progresion toda propia, y contiene un designio que es acaso el mas sublime que ha encontrado la metafisica. Se comienza por las letras, que son sus simplísimos elementos, estas son otros tantos sonidos diversamente articulados; de las letras resultan las silabas; dos ò mas sílabas componen la palabra; muchas palabras hacen un periodo; muchos periodos un discurso. ¿No es este lo mismo que el órden progresivo de la geometria? En ella el primer elemento es el punto; del flujo del punto nace la linea; de la linea, la superficie; de la superficie, el cuerpo, los círculos, los triangulos, los cuadrados, los paralelógramos, los pentàgonos, los exágonos y los paralelipipedos; los cubos, los conos son diversas figuras, cuyo primer origen es el punto. ¿Se podrá pensar que un órden tan maravilloso haya sido hijo del *acaso*? ¿Podrá haberse inventado por un hombre envuelto en las tinieblas de la ignorancia? No parece, que hubiese podido inventarlo, sino una razon que se encontrase ya en el mas alto grado de perfeccion.

Pero en el lenguage no es este todavia el mayor prodigio: este consiste en la invencion del *substantivo*, del *verbo* y del *adjetivo*, ó en los tèrminos lógicos del *sugeto*, de la *cópula* y del *predicado*. Todas las operaciones descritas antes son ordenadas a este fin; este es lo preciso, esta la esencia del lenguage, esto es, *el afirmar* ó *el negar* una cosa de otra. Omito còmo todos los verbos participan del verbo *ser*; còmo se han encontrado tantos tèrminos comparativos, defectivos, personales, impersonales y otros semejantes, para denotar la cuantidad y la cualidad de la participacion: omito tambien la diversidad de los tiempos con los cuales se esplican todos los grados: todos estos afinamientos pudieron introducirse poco à poco: pero el *designio*, esto es, el querer afirmar ó negar, debió necesariamente hallarse todo en una vez, porque es una *mira* simplisima, que no puede dividirse sin destruirse. Que primero se inven-

tase solo el substantivo, despues el verbo, y luego el adjetivo, no es posible, porque se ve claramente la analogia que tienen entre sí, y un término separado de los otros dos compañeros, no dice nada. En el relox no podemos suponer que la serpentina, la corona, el tambor y todas las otras piezas que entran necesariamente en su composicion, fuesen halladas la una despues de la otra, ni en tiempos diversos y por diversos arquitectos, puesto que uno es el designo de todas y el resultado de tales partes, para lo que deben estar dispuestas de aquella, y no de otra manera. ¿Quièn podrà persuadirse que en la soledad, en el desierto, en el seno de la necesidad, y entre mil peligros que amenazan la vida, pudieran nacer inventores de reloges? ¿Y podrà alguno igualmente persuadirse que la invencion del lenguage fuese obra del hombre situado en las mismas circunstancias?

La dificultad, pues, de nuestros dos argumentos consiste en las dos proposiciones contrarias que sirven de fundamento al uno y al otro, y que por un misterio incomprensible parecen igualmente verdaderas ambas. Parece verdad que primero se debiese formar el lenguage, y despues con este medio la sociedad civil; y parece tambien verdad que primero debiese formarse la sociedad civil, y de ella con su cultura procediese el lenguage.

Si no temiese molestar à los lectores con estas subtiles reflexiones, podria todavia hacer crecer la dificultad con reflexionar que las ideas abstractas por un lado parece que no pueden formarse sino con el apoyo de la palabra, y por otro parece que el encuentro de la palabra supone formadas antes las ideas abstractas Pero dejando estas espinosas discusiones à la docta curiosidad de los metafisicos, con lo dicho hasta aqui concluyo, que acerca del origen de la sociedad civil no puede hacerse con el puro socorro de la razon, sino una sola conjetura que entretenga el espíritu y que se deduzca de èl, la cual no puede ser otra sino decir que Dios con un solo relampago de su Omnipotencia y de su beneficencia crease todo igualmente en un acto, la especie humana, la sociedad ci-

vil, el lenguage y las ideas abstractas, á lo menos las mas necesarias para la subsistencia física y para la conducta moral. Sè ser un precepto tanto de los filósofos, como de los poetas aquel dicho de Horacio: *nec Deus interssit, nisi dignus vindice nodus*: ¿y qué nudo puede encontrarse mas digno de la accion inmediata del Criador? Y si entre las pruebas de la existencia de Dios quisiésemos ayudarnos tambien con esta, ¿no pondriamos à los *ateos* en una terrible consternacion?

Raciocinemos segun esta conjetura, y figurèmonos que Dios crie un hombre y una muger en la madurez de su edad; que aclare ó ilumine su mente con las nociones morales del bien y del mal, y de todos los conocimientos necesarios para la conservacion de la vida: que los coloque en un lugar abundante de todo, y los haga conversar mutuamente con un mismo lenguage, del cual se hallen provistos sin saber cómo: que por órden del Criador atiendan á la generacion: que les nazcan hijos è hijas, los cuales necesitados en toda su infancia de los tiernos cuidados de sus padres estèn unidos a ellos, y aprendan de sus labios la lengua y los conocimientos de que han de menester: que de estos primeros hijos se engendren otros, y asi sucesivamente. Ved aqui una gran *familia*, es decir, una *sociedad domestica*, una verdadera *sociedad civil*, en quien todos los miembros estan estrechamente unidos entre sí, y subordinados á la cabeza de la estirpe, cuyas insinuaciones son recibidas con respeto, y ejecutadas como si fuesen preceptos. Hagamos que esta familia crezca en *gentes*, y que no encontrando todos los individuos la necesaria subsistencia en la angustia del lugar, vayan dilatàndose poco à poco por las campiñas vecinas, cultivándolas segun el órden de las instrucciones recibidas en la familia. Cualesquiera comprendera que estos hombres se unirán en varias tropas con los vínculos de la amistad contraida desde su infancia: jamás perderán de vista su primera familia, no se separaràn el uno de los otros, y formarán otras tantas sociedades independientes, aunque unidas bajo de unas mismas leyes y principios.

No puede, segun parece, suceder lo contrario. La

unidad del lenguage los tendrà siempre unidos, siempre harán una gran familia, siempre serán todos hermanos y hermanas. Todavia harán mas. Viendose obligados por el gran número à alejarse la mayor parte á grandes distancias al rededor del centro de la union, à fin de proveer de su propia è individual subsistencia, ignorantes de la geografiia y de la astrologia, incapaces tambien de distinguir los diversos géneros de trabajo que en los diferentes tiempos del año exige la campiña, ¿sabeis que harán? Erigiràn una altìsima torre, tal que pueda verse por todos, y servirles à todos de un signo estable para reunirse de tiempo en tiempo, para avivar los afectos de fraternidad, celebrar solemnemente el culto religioso, y tomar de los mas ancianos de las familias las oportunas instrucciones para la cultura de la tierra. Tanto asi se ama la sociedad en que se ha nacido y crecido; y tanto cuanto no puede esplicarse es sensible el dejarla.

¿Cómo pues se formarian las diversas naciones que han representado en el gran teatro del mundo tan diversas scenas? Digo que para esto es necesario la misma mano del arquitecto que formó la obra. Confundida ó quitada la identidad del lenguage, era preciso que todo lo demas se desorganizase: los de una lengua no pudiendo ya tener mas comercio con los de otra, era fuerza que se separasen en cuanto al afecto, a la habitud y al interes, y que contrajesen una liga particular entre ellos mismos, y formasen entre si un todo aparte. Ved aqui ya formadas las naciones, y derramadas por toda la tierra las artes y la religion; esta serà horriblemente desfigurada por las pasiones; pero jamás se estinguirà totalmente; y las artes al contrario, se perfeccionaràn con el estímulo de las mismas pasiones. Esperemos todavia despues de esto otra cosa peor: esperemos que los pueblos se hagan enemigos los unos de los otros, que se hagan guerra, que procuren mutuamente sujetarse ò destruirse. Sucesos feroces, que harán levantar en el mundo unos grandes imperios, los cuales, decayendo uno despues del otro hasta sepultarse en la nada, prepararàn con lenta sucesion al mismo mundo à recibir el mas grande don que puede hacer à los mortales la Divinidad.

¿Qué os parece de este cuadro *ideal*? A mí me parece que todo lo esplica felizmente. En èl las dificultades acerca de la formacion de las ideas abstractas y del lenguage, no son mas que objeto de profundas é inescrutables especulaciones; todo el órden que hemos seguido es el mismo que ha puesto bajo nuestros ojos la naturaleza. ¿Los miembros de una familia no es cierto que estàn tenazmente unidos à la familia? ¿No es verdad que la tierna doncella que va à enlazarse à otra familia, bien que el amor del esposo le aprisione el corazon, parece que se lo siente dividir, y derrama dulcísimas lagrimas sobre el amoroso seno de la madre y al besar la mano bénefica del padre? ¿No es verdad que deja sumergidas en el mas doloroso duelo á las hermanas, y que por largo tiempo todo es para ella objeto de luto y de tristeza, no obstante de estar compensada con el placer de su nuevo modo de existir?

Por otra parte, la hipòtesis de que hablamos tiene la ventaja de estar establecida, como *verdaderisima historia* en los libros de Moisès, que sin disputa es el mas antiguo de los escritores que conocemos. Y à mas de esto, nosotros veneramos en los escritos de este famoso legislador el sello de la autoridad divina, de modo que no nos es lícito dudar de ellos. Por lo demàs, haya ó no haya jamàs existido el estado de pura naturaleza, ya hemos visto que no puede ser *estado de consistencia*, y por esto debemos siempre fijarnos en la sociedad civil.

CAPITULO XII.

CONTRATO SOCIAL, FUNDAMENTO DE LA SOCIEDAD CIVIL.

¿Un contrato es el gran fundamento de la sociedad civil? *Si*, y por esto se ha dicho que en un estado de pura naturaleza los hombres no podian ser capaces de idearlo. Tambien se ha sostenido y demostrado que la sociedad civil fue obra del Criador, y que tuvo principio con el gènero humano.

Y no obstante todo esto, el fundamento de la sociedad civil no es mas que un contrato, y para disipar cualesquiera duda, no hay mas que distinguir lo que es de derecho y lo que es de hecho. Uno es buscar què cosa haya sucedido de hecho y otro què cosa deba hacerse por derecho. Nosotros en el capitulo precedente no hemos establecido mas que una pura verdad de historia: hemos probado que la sociedad civil fue obra de solo Dios, y que principiò con los primeros padres, y que todos los demas hombres no se han puesto ellos, sino que han nacido ya en ella. ¿Què tiene de comun el hecho con el derecho? Ved un relox bello acabado y formado, obra de tal artífice, en tal año: ¿este simple hecho es acaso causa que el relox no contenga una razon intrinseca de su organizacion, independiente del artífice, antes tal à quien el artífice haya debido necesariamente adaptar su trabajo? Estas razones intrínsecas de las cosas se entienden por *derecho*. Ya que la sociedad civil es una màquina, ya que tiene un designio, prescindiendo de cualesquiera hecho, debe contener ò encerrar en sí una razon intrínseca, la cual esplique todo su mecanismo, y siendo asi, yo dirè y demostraré consistir la dicha razon en un verdadero contrato: concederè que los hombres en un estado de pura naturaleza no la hubieran jamàs encontrado; pero no se sigue de esto que no pudiese haberla: concederé tambien que *espresamente* jamàs han hecho este contrato, porque todos han nacido en la sociedad ya establecida y formada; pero si digo que *implicitamente* siempre lo han tenido, el cual es *real*, que no puede dejar de *ser*, porque sin él no puede darse sociedad civil. Pasemos à las pruebas.

El cuarto de los derechos naturales (como hemos esplicado en su lugar.) es el de la *libertad en juzgar*; y el quinto el de la *libertad* en *hacer* todo lo que concierne a la conservacion, à la perfeccion y à la propiedad de cada uno. Es conveniente recordar aqui el que los derechos naturales (como tambien hemos dicho) son *necesarios* é *inmutables*, aun respecto de la Omnipotencia divina. De aqui se sigue imbibitamente, que en cualesquiera estado en que se encuentre el hombre, para que este sea consentaneo à su naturaleza, debe èl estar